

EL ESPAÑOL,

REVISTA LITERARIA,

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, BELLAS ARTES Y VARIEDADES.

N.º 2.º

DOMINGO 8 DE JUNIO DE 1845.

NOVELA ESPAÑOLA.

El anuncio que acaba de publicarse de una colección de novelas bajo el título de *Mil y una noches*, nos ha hecho concebir la esperanza de ver introducido con lucimiento entre nosotros este género de literatura, de que por tanto tiempo hemos sido tributarios á los extranjeros. No sería esta esperanza tan firme, si no viéramos figurar al frente de esta empresa nombres tan ventajosamente conocidos, algunos de los cuales son prenda segura del buen desempeño. Los citaremos con la mayor complacencia, y son los señores *D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Gregorio Romero Larrañaga, D. José María Huici, D. Francisco Orgaz, D. José María de Andueza, D. Tomás Rodríguez Rubí, D. Ramon de Campoamor, D. Juan Vila y Blanco, D. Eulogio Florentino Sanz, D. Francisco Corona Bustamante, y don Antonio Neira de Mosquera*. Esta sociedad dedicada á un trabajo que debe redundar en honra de los que lo han emprendido, ha de producir precisamente saludable emulación y competencia. Con esta ocasión tan oportuna vamos á decir lo que sabemos y lo que pensamos á cerca del estado actual de la novela española y del destino que puede esperar, si hay escritores de valor, que se arriesguen á cultivarla.

Nos acordamos de nuestra adolescencia, cuando ansiosos buscábamos libros originales de esta clase de entretenimiento que nos distrajesen de los estudios. Entre los modernos solo podíamos entonces haber á las manos el *Fray Gerundio* del P. Isla, y el *Ensayo* de D. Pedro Montengón, no sin algun misterio, supuesto que segun se decía, la santa Inquisición andaba lista en recoger los ejemplares con que topaba, lo cual, sea dicho de paso, y como confesion de nuestro pecado, excitaba mas y mas la comezon de que nos sentíamos devorados. En época bien azarosa por cierto (hacia 1825) vimos aparecer como una nove-

dad muy extraordinaria un Ramiro, conde de Lucena por Humara y Salamanca: pocos años después nuestro malogrado amigo D. Ramón Lopez Solér dió á luz en Valencia su *caballero del Cisne*, que fue saludado con merecido aplauso, mientras D. Estanislao de Koska Vayo, ensayaba otras producciones apreciables. Algunos ingenios se animaron con el ejemplo y por las excitaciones del editor D. Manuel Delgada, lo cual produjo una colección de 29 tomos, compuesto del *Pirromagénito de Alburquerque*, y la *Catedral de Sevilla*, por el referido señor Lopez Solér, bajo el pseudónimo de D. Gregorio Perez de Miranda: de *Ni Rey ni Roque*, y el *Conde de Candespina* por D. Patricio de la Escosura: del *Sancho de Saldaña ó el Castellano de Cuellar* por D. José de Espronceda: del *Golpe en Vago* por D. José Garcia de Villalta: de los *Espatriados ó Zulena y Gazal* por el ya citado Vayo: del *Renegado*, por D. Juan Corradi: de la *Máscara de hierro*, por un anónimo, y del *Doncel de D. Enrique el Doliente*, por D. Mariano José de Larra. Vinieron luego tiempos mas turbulentos, los espíritus tomaron otro camino, y la colección no continuó; pero debe consultarla cualquiera que se proponga estudiar la historia de los trámites que ha seguido entre nosotros el arte de narrar, en la cual debe notarse con singular interés este lucido y momentáneo intervalo del ingenio nacional. Sin embargo, es menester confesarlo: con toda la habilidad desplegada por aquellos autores en la senda que abrieron, no puede decirse que restaurara la novela española. Brillaba en aquella sazón en todo su esplendor la gloria del célebre novelista escocés, cuya fecundidad, talento, conocimiento histórico y arte admirable deslumbraron al mundo, grangeándole prosélitos por todas partes. El modelo era grande; en general fue imitado con pericia; pero la escuela era exótica, y no pudo aclimatarse, á lo cual con-

tribuiría no poco la alteracion del sosiego público que entonces empezó, y la nueva direccion de los espíritus á objetos muy diversos de la literatura. La suerte que siguieron aquellos colaboradores despues de su primer ensayo, que tanto prometia, es una prueba evidente de que no solo los lectores, sino tambien ingenios, se lanzaban á otra carrera.

A mas de esta coleccion no ha faltado tal cual tentativa; pero siempre aislada, casual, y sin propósito de dedicarse á este ejercicio; de manera que en España hay, si, algunos que por antojo han escrito novelas; pero no existen novelistas que al cultivo de este ramo hayan consagrado largas vigilias. Uno de los hombres que mas honra han dado á las letras, quiso tambien dar una muestra de que no le era desconocido el género: el señor Martínez de la Rosa en su *Doña Isabel de Solís*. Pero el que en nuestro concepto ha dado una produccion verdaderamente española, con todo el sabor de tal, con todos los accidentes y galas de lenguaje que distinguen á nuestros escritores de la mejor época, es D. Serafin Estevanez Calderon, en un librito verdaderamente precioso que publicó el año 1838 bajo el título de *Cristianos y Moriscos*, que si por alguna supercheria literaria se hubiese publicado como un hallazgo de antiguo manuscrito inédito, por tal hubiera pasado sin dificultad como el pie de la estatua de Miguel Angelo, dando ocasion á polémicas entre eruditos sobre la pluma bien cortada á quien debía atribuirse.

La suma escasez de obras de este género, ha introducido la costumbre, hasta cierto punto ridicula de añadir el adjetivo original al título de toda novela que no es traducida, yaun deben darse gracias cuando en ello no se miente; prueba de que en la comun opinion es de clavo pasado el que los estrangeros nos proveen de lecturas entretenidas. ¿Achacaremos este resultado á esterilidad de ingenio entre nuestros españoles? No creemos que nos ciegue el amor patrio, si pensamos de diferente manera.

«Unicamente, en España (decia el señor Martínez de la Rosa en el prólogo á su *Doña Isabel de Solís*) no se notan conatos y esfuerzos para cultivar este ramo de las letras humanas, que aun cuando no pueda llamarse peregrino y desconocido á nuestros padres, ha tomado recientemente una nueva forma, acomodada al gusto y aficion de este siglo, que hasta las composiciones mas leves destinadas al esparcimiento y recreo,

no se dá por satisfecho si no halla cierto fondo de realidad. Y no cabe atribuir la escasez y penuria de tales composiciones á que falten en España clarisimos ingenios; que aquel suelo privilegiado los dá tan espontáneamente de si como los frutos de la tierra; ni hay tal vez nacion alguna de cuantas pueblan este globo que cuente en sus anales tantos hechos singulares y portentosos; que muestre en su espacioso ámbito mas monumentos de naciones distintas; que presente por el largo trascurso de ocho siglos una lucha incesante, continua, entre dos pueblos diferentes, contrarios en religion, en costumbres, en leyes, en hábitos, en habla, y encerrados, no obstante, en el mismo recinto, luchando cuerpo á cuerpo como dos gladiadores en el circo romano. Pues si se buscan colores y matices para pintar un cuadro, ¿qué lengua de las vivas podrá competir siquiera con la que nos legaron nuestros mayores? Tan rica, tan sonora que no ha menester el auxilio de la rima ni el compas de la mensura para dar á la prosa el encanto de la poesia, robusta á la par que flexible, magestuosa no menos que suave, hija nobilísima del Lacio, enriquecida con la pompa de los pueblos de oriente como para celebrar al mismo tiempo las proezas de los héroes y las dihas de los amantes.»

Todo lo que con tanta elocuencia expresa el ilustre autor es una verdad. Existe la materia, existe el instrumento para las obras: hay mas; existe la aficion, la demanda; el consumo, especialmente desde que la censura doméstica no prohibe al bello sexo hasta el conocimiento del alfabeto; y la exigencia del público llega á tal grado, que para suscribirse á tal ó cual periódico pone por precisa condicion que haya de repetir en su folletin la novela que en el dia priva y llama la universal atencion, gracias no solo á su mérito, sino tambien á los esfuerzos públicos y secretos que se hacen para desarreditarla. Todo existe, menos el artifice que reúna y aproveche un conjunto tan completo de elementos, que solo exige voluntad y resolucion para poner manos á la obra.

Trataremos de dar á este fenómeno la explicacion mas probable. Hubo cierta época, entrando el siglo XVII, en que nuestra literatura y aun nuestra lengua decayeron con espantosa rapidez, y esta época siguió muy de cerca, si es que no coincidió en la en que la novela de costumbres empezaba á sustituir á las lecturas caballerescas.

Hubo entonces un verdadero turbion que debió participar de la general decadencia de los demas ramos, y ademas el ejemplo de la Celestina, anterior de mas de un siglo á esta novedad, habia introducido cierta licencia que reclamaba severa correccion. Ofenden en efecto el pudor las escenas de cinismo, torpeza y tercera esparcidas en los libros de entretenimiento publicados entonces, y que no pasarían por cierto en nuestros tiempos, á pesar de la mayor tolerancia y de la supuesta corrupcion moral que se nos acusa, por una hipocresía descontentadiza y de mala fe. Lean la segunda parte del *don Quijote* de Avellaneda, la *Dorotea* de Lope, la *Ingeniosa Elena* de Salas Barbadillo, y otras producciones de la misma familia; y estamos seguros de que, á pesar de los elogios y aprobaciones escritas por reverendos padres maestros de órdenes religiosas muy austeras, que por comision del consejo examinaron los manuscritos antes de pasar á la imprenta, ningun hombre de juicio entre los contemporáneos autorizaria el escándalo con su firma. Pero esta correccion que admitido el sistema de la censura llegó á ser necesaria, traspasó sus limites despues, y estendiéndose á mayores exigencias vino á cortar las alas del ingenio. Al cabo de largos años renació parcialmente la actividad literaria; pero las trabas subsistian, y las novelas conservaban su mala fama entre los que debían autorizar su publicacion. Los autores por lo mismo ningun estímulo tenían para arriesgarse á perder su trabajo en la inseguridad de obtener el permiso, y por otra parte el abundante y variado surtido que á menos costa se recibia del extranjero, siendo suficiente para dejar satisfechas las necesidades del país, no ofrecia estímulo alguno á la produccion nacional. Cuando los obstáculos menguaron ó cesaron de todo punto, lo cual no se ha verificado sino en una época muy cercana, se vió al momento obrar como pudo la fuerza antes comprimida. Las turbulencias políticas, que son para las letras el enemigo mas poderoso, contuvieron este feliz arranque, hasta que el restablecimiento de la tranquilidad convidó á repetir la empresa.

Solo así podemos dar una razon que justifique los inciertos pasos que ha dado en España este género de composicion, sin que por ningun término pueda atribuirse su notable atraso á falta de ingenio en una nacion, que sobre haber producido con el Ingenioso hidalgo la novela mas famosa que jamas ha existido, ha prestado á Lesage los

materiales para sus excelentes copias é imitaciones, superiores sin duda alguna á sus primitivos modelos.

Para no incurrir en errores en la historia de la novela es preciso comentar las espresiones que en el prólogo de las suyas soltó el buen Cervantes, cuando dijo: «yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son traducidas de lenguas estrangeras, y estas son mías propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa.» En la misma idea coincide otro autor, Juan Gaitan de Vozmediano en la introduccion á la primera parte de las cien novelas de Juan Bautista Cintio que tradujo y publicó en 1590. «Ya que hasta ahora (decia) se ha usado poco en España este género de libros, por no haber comenzado á traducir los de Italia y Francia, no solo habrá de aquí adelante quien los traduzca; pero será por ventura parte el ver que se estima esto tanto en los estrangeros para que los naturales hagan lo que nunca han hecho que es componer novela; lo cual entendido, harán mejor que todos ellos, y mas en tan venturosa edad cual la presente.»

Lo único que de estas palabras puede inferirse es que en aquella edad la voz novela tenia una significacion, que con dificultad sabriamos ahora fijar, pero que sin duda era muy diferente de la idea á que en la actualidad la refiere el uso comun: significacion por una parte mas lata (supuesto que nosotros no llamariamos novela el *Coloquio de los dos perros* Cipion y Berlanga, y mucho menos el *Perro y la Calentura*, que salió en 1625 bajo el título de novela peregrina y el nombre de Pedro Espinosa, aunque dicen que es de D. Francisco Quevedo); y por otra parte mas limitada, porque no se comprenden en la denominacion de novela, infinitas composiciones ya conocidas entonces que ahora no llamariamos de otra manera.

La novela moral escrita nació realmente entre nosotros cuando D. Juan Manuel, que murió en 1347, compuso su *Conde Lucanor*; que la novela confiada á la memoria debió de existir desde los orígenes de la lengua castellana auxiliada por el uso del asonante que le es peculiar y exclusivo. Romances se llamaron estas composiciones en que se consignaban hechos históricos mezclados con fabulosos adornos, lances de amor, consejos y tradiciones populares; y ro-

mancees tambien se llaman en francés y en italiano (*romans*, *romanzi*) lo que nosotros entendemos por novela, conformidad de nombres que no sería tan importante, si no nos indicara a mismo tiempo que en esta parte de Europa, donde la lengua latina adulterada dió nacimiento á otras lenguas que se llamaron romance, las composiciones que tomaron por nombre el de la naciente habla vulgar debieron de ser los primeros frutos de aquella balbuciente literatura.

Cuando Cervantes en 1615 publicaba sus novelas ejemplares, existian tambien modelos de la novela picaresca, género á que pertenece la suya de *Rinconete y Cortadillo*, y no atinamos la razon por que se han de clasificar de diferente manera. Entre lo que ha llegado á nuestra noticia parece que abrió el camino *El Lazarillo de Tormes*, impreso en 1584, despues de muerto su autor D. Diego Hurtado de Mendoza. Siguió Mateo Alemán con su *Guzmán de Alfarache* publicado en 1599. Reciente estaba, pues fue en 1608, la aparicion de la *Picara Justicia* obra de Francisco de Ubeda. Creemos que tambien habia salido á luz la coleccion que Juan de Timoneda tituló el *Patrañuelo*, y cualquiera que se pague mas de las cosas que de los nombres, mas bien que entre las tragicomedias colocará entre las novelas el libro de la *Celestina*, que impreso en 1500 tuvo tantas ediciones, continuaciones é imitaciones durante todo aquel siglo.

Existian ademas las novelas pastorales de que el mismo Cervantes, autor de una de ellas, formó un catálogo no corto, si bien tampoco completo en el escrutinio hecho por el cura y el barbero en la libreria de D. Quijote, á saber: la *Diana*, de Jorge de Montemayor; la *Segunda Diana*, de Alfonso Perez el Salmantino; la *Diana Enamorada*, de Gil Polo; la *Fortuna de amor*, de Antonio de Lofraso; el *Pastor de Iberia*, de Bernardo de la Vega; las *Ninfas de Hennes*, de Bernardo Gonzalez de Bobadilla; el *Desengaño de celos*, de Bartolomé Lopez de Enciso; el *Pastor de Félida*, de Luis Galvez de Montalvo, y su propia Calatea.

Finalmente, los libros de Caballeria de que fue Cervantes el azote mas contundente, si tuviesen ahora que ser clasificados, lo serian en el estante de las novelas; y aunque en su exageracion bien descubren el origen portugués que por otras razones de probabilidad se atribuye á os mas famosos, es indudable que muchos de ellos se deben á plumas españolas. Es pues

evidente, indudable, que segun la actual afeccion del nombre de novela, no fue Cervantes el que introdujo en España este género, si bien no puede negársele la gloria de haberle comunicado nueva direccion elevándolo á una altura hasta entonces desconocida, y abriendo un camino que otros siguieron despues con varia suerte. Pues desde que este grande hombre aventuró por via de muestra y ensayo el *Curioso impertinente*, ingiriéndolo con poca oportunidad en el D. Quijote, y recopilándolo luego junto con otras ingeniosas relaciones que llamó novelas, el aprecio con que recibió el público esta novedad animó á otros escritores á seguir el mismo rumbo. Hubo en efecto de repente un verdadero aluvion de novelas, en que tomaron parte autores afamados, como Lope de Vega, su adorador D. Juan Perez de Montalvan, Vicente Espinel, el Maestro Tirso de Molina, Gonzalo de Céspedes, Doña Maria de Zayas, Doña Mariana de Carvajal, D. Alonso del Castillo Solórzano, D. Alonso Salas Barbadillo, Luis Velez de Guevara y otros muchos que no nos ocurren desde luego, pero que formarán objeto de otro exámen, cuando se ofrezca ocasion oportuna, pues es materia tan poco tratada como curiosa é interesante para nuestra historia literaria.

Volviendo pues al estado actual, que, segun dijimos al anunciar nuestra empresa, puede considerarse como una época de renacimiento, debemos hacer una observacion que en nuestro sentir no carece de alguna importancia; porque descubre un elemento mas para obtener la buena novela original. Las plumas de algunos modernos escritores se han ejercitado con éxito singular en trabajos preparatorios exactamente iguales á los del pintor, que propouéndose ejecutar un cuadro histórico va recogiendo los retratos de las personas que deben figurar en él, como bocetos parciales que luego han de formar un conjunto armónico y prolíficamente acabado. Hablamos de esa multitud de escenas, caractéres y pinturas de costumbres que ya sueltas, ya recopiladas han visto la luz pública en estos últimos años, género en que poseemos un modelo de gran valor como es el señor Mesonero Romanos y muchísimos imitadores. Aquí está el embrión de la futura novela contemporánea, que dá muestras de querer desarrollarse con vigor.

Las composiciones teatrales, en que de ningún modo puede considerarse estéril nuestra generacion, pueden ser tambien un manantial de sa-

brosas novelas; pues así como las narraciones escritas desde la epopeya hasta el cuento vulgar, han dado asunto á la tragedia y á la comedia; con la misma facilidad el drama puede reducirse á narración con la ventaja de la mayor libertad. La principal dificultad está vencida: la invención se halla hecha: el arte de referir es mas fácil que el de dialogar, y mas fácil todavía el arbitrio de mezclar el diálogo con el relato, cuando lo exige la situación que se describe. Cuando hay habilidad para una cosa, debe haberla para otra tan análoga.

La historia sobre todo ha de ser el gran repertorio de los novelistas, desde que Walter Scott nos ha dejado tan admirables ejemplos. Esta es la tendencia que observamos ahora en los esfuerzos que se están haciendo, y que no podemos menos de animar con nuestra débil voz alentada por la próxima esperanza de ver satisfechos nuestros deseos.

Si el desempeño de la coleccion que se anuncia corresponde, como no dudamos, á su título y al breve prospecto que han publicado sus editores, va á ser un monumento de las glorias nacionales. «Pelayo y sus sucesores (así se expresan) nos harán recorrer poco á poco la Península en su trabajosa lucha con los árabes, y estos nos proporcionarán el conocimiento de sus costumbres especiales: el Cid nos recordará á San Pedro de Cardena: Macías el estro de los antiguos trovadores: Colon el resultado de su descubrimiento y el estudio del Nuevo-Mundo: Cervantes la miserable recompensa del talento: el duque de Alba á Nantes: Carlos V á la dieta de Worm en Alemania.»

Cuando tanto brio manifiestan hombres capaces de cumplir su promesa, bien es lícito esperar un brillante resultado. Pronto lo hemos de ver. La primera entrega debe de haber salido ya, bien que no ha llegado aun á nuestras manos: solo tenemos entendido que á esta animosa falange abre la marcha el señor Romero y Larañaga.

Repetimos que en este campo hay mucha gloria que recoger; pero tambien debemos advertir que nos aguarda un juicio muy severo. Tenemos que luchar en un mismo palenque con otras escuelas ya formadas y sostenidas por eminentes adalides. Nuestras relaciones literarias se van ensanchando; y las novelas españolas serán objeto de exámen de parte de criticos estrangeros. Preciso es esforzarnos para quedar airosos.

El gran novelista francés, Eugenio Sue, acaba de admitir la dedicatoria que de su novela titulada *Maria, la hija de un jornalero* le ha dirigido D. Wenceslao Aguinal de Izeo; y al manifestarle su gratitud por este don, le contesta con la carta siguiente que han copiado los periódicos.

«Recibiré con tanto placer como reconocimiento la dedicatoria que me proponeis de vuestra novela. Me considero igualmente dichoso al ver que las clases menesterosas del pueblo español tienen tan buenos padrinos como vos. Servimos á la causa de la humanidad entera; vuestro libro tendrá un éxito brillante, y es ciertamente muy dulce y bello el pensar que los desgraciados de las clases populares de España tengan un tan generoso y entendido abogado.»

Cuando hombres tan competentes en la materia conciben tales esperanzas, es menester no dejarlas defraudadas.

PARISINA.

Hallándose próxima la representación de la ópera que lleva este título en el teatro del Circo, creemos que no será inoportuno dar á conocer el origen de esta composicion. Con referencia á un cierto escritor llamado Frizzi, autor de una historia de Ferrara, Gibbon en sus *Antigüedades de la casa de Brunswick*, que forman parte de sus obras misceláneas, refirió un suceso espantoso en los términos siguientes:

«Bajo el imperio de Nicolás III el pueblo de Ferrara fue testigo de una tragedia doméstica. Por el testimonio de un criado y por sus propias investigaciones, el marqués de Este descubrió los amores incestuosos de su esposa Parisina con Hugo, su hijo bastardo, jóven de singular valor y gentileza. Ambos fueron decapitados en el castillo por la sentencia de un padre y de un esposo que publicó su oprobio y su vergüenza, y que sobrevivió á su ejecución. Desgraciado, si Parisina y Hugo fueron criminales: mas desgraciado todavía si fueron inocentes; aunque á la verdad en ningún caso puedo aprobar sinceramente este acto de rigorosa justicia de un padre.»

En el año de 1816 lord Byron, cuyo ánimo irritable habian exacerbado hasta el último extremo los disgustos interiores de familia, abrazó este asunto para derramar la hiel que en su pecho rebosaba, y escribió un poema bajo el mismo título de *Parisina*.

Siempre grande y sublime aun en los mayores desarreglos de su fantasia, apuró todos sus recursos para pintar tan oscuro cuadro con todas las tintas del terror. Se ocha de ver la desconfianza con que entregó al público su produccion. «No ignoro (dice en la advertencia que puso á la cabeza de ella), no ignoro que en estos tiempos

modernos la excesiva delicadeza, ó mas bien el tedio empalagoso de los lectores juzgará que tales asuntos no son propios para tratarse en poesia: sin embargo los poetas dramáticos griegos y algunos de los mejores escritores antiguos de nuestra Inglaterra han sido de muy diversa opinion, la que aun en el continente han abrazado en estos últimos tiempos Alfieri y Schiller.» A pesar de esta salvedad que parece dirigida á conciliarse la indulgencia del publico, la censura de la prensa se le mostró sumamente severa. Los pudorosos ingleses sufrieron con repugnancia que el adulterio, el incesto y el parricidio saliesen bajo formas que por su belleza aligeran su horrible fealdad. Sin embargo, esta novela poética de lord Byron no deja de ser leida con todo el interés que escitan sus mejores composiciones.

En Italia fue conocida desde luego, y ahora posee aquella nación una traduccion magnífica hecha por José Nicolini. Por estos trámites una historia casi olvidada ha venido á ser popular, adornada con todas las galas de la versificación y con los encantos de una música aterradora.

Algo se ha dulcificado en los tránsitos su amargura primitiva, pues el original inglés desgarraba las entrañas. No hay mas que tener en consideracion cómo ha de resultar un argumento semejante tratado por una pluma tan indómita y lúgubramente apasionada como la de nuestro autor. Para caracterizarla, basta uno solo de los innumerables rasgos de su constante mal humor y desden hacia cuanto participaba de aquella dulzura celestial é inefable, que constituye el principal mérito del mas sensible entre los poetas. A fines de 1815 escribia lo siguiente en su libro de memorias: «Antes de recogerme he leído un poco de italiano, y he escrito dos sonetos sobre "... Hasta ahora no habia compuesto mas que otro sin importancia hace un monton de años, con el solo objeto de ejercitarme; pero juro que no lo volveré á hacer. Entre todas las composiciones esta es la mas desmayada, la mas fastidiosa, la mas estúpidamente platónica. Reniego del Petrarca y le detesto. No me cambiaba por él á buen seguro, aun cuando debiese obtener de Laura lo que con toda su metafísica no pudo conseguir de ella: ese impertinente llorón.»

Quien así piensa y se expresa, ya se sabe como escribirá cuando su asunto nada tiene de blando y delicado. Así es que la tradicion de Parisina ninguna fuerza ha perdido envuelta en los armoniosos versos de lord Byron: solo el nombre de Nicolás se le autojó sobrado comun y poco poético, y lo substituyó con el de Azo que llevaron algunos principes de aquella familia.

Segun nuestra costumbre, pondremos á continuacion algunos trozos dispersos de la Parisina de Byron, como debilísima muestra de su estilo, que no desdice de su carácter tétrico y solo capaz de violentas sensaciones.

INTRODUCCION.

I.

Es la hora en que resuena
Allá en la encamada arena
El cantar del ruiseñor,
Y en que mas dulce nos suena
Cualquier palabra de amor.

En que el suspiro del viento
Y del arroyo el murmullo
Forman al oído atento
Leve y deleitable arrullo
Y armonioso concento:

En que brillan los astros débilmente,
Y en que brilla en las flores el rocío,
Y es mas azul el onda, que fuereamente
Rompe y se estrella en el peñasco frío
Que en medio de la mar alza su frente:

En que el color parece mas oscuro
De las hojas del árbol, y se aduna
El resplandor tan dulcemente puro
Del sol que está en su ocaso, y de la luna
Que su curso signiando va seguro.

CITA.

II.

Si deja Parisina su palacio,
No es para oír el límpido arroyuelo,
No es para ver la débil luz del cielo,
Ni los astros que pueblan el espacio.

Si en el jardín se sienta en un momento,
No es para contemplar la gaya flor:
Escucha—mas no escucha al ruiseñor,
Que solo anhela oír mas dulce acento.

Sobre las hojas oyese pausado
Un rumor de pisadas... crece, crece:
La hermosa Parisina palidece,
Y su pecho palpitable agitado.

Ya entre las ramas una voz resuena:
Parisina sonrójase—después...
Un instante pasó, vella serena...
Se encontraron—su amante está á sus pies.

III.

¿Qué es para ellos el mundo y sus mudanzas?
El cielo, los vivientes, cuanto encierra
De mas bello la tierra
Ni ocupa sus miradas, ni sus mentes.
A cuanto les rodea indiferentes
Cual los que yacen en la tumba helada,
Está para ellos cuanto les rodea
Reducido á la nada.
Uno por otro; miseros! suspiran,
Suspirar tan profundo, tan ardiente
Que á no calmarse la feliz locura
Con que entrambos deliran
El alma aniquilára que la siente.
¿En culpa quién pesó ni en riesgo alguno
En aquel sueño tierno y tumultuoso
De magia seductora?
¿Quién su influjo sintiendo poderoso,

Salvo escapó de tan difícil hora?
¿Quién pensó en lo fugaz de aquel instante?
Con todo—ya pasó.
¡Ay que estos sueños para el fiel amante
Volver no pueden, no!

IV.

De aquel sitio de culpa y de placeres
Aléjense con lúgubres miradas:
La esperanza conservan lisongera
Que da vida á su vida,
Asáltanles mil dudas encontradas,
Y se estremecen, cual si aquella fuera
Su postrer despedida.
Los abrazos prólonganse y suspiros...
Dividiránse en breve:
Y en tanto Parisina
Su demudado rostro al suelo inclina,
Ni aun el cielo á contemplar se atreve;
Que en su duelo infinito
En el cielo su fallo mira escrito;
Y si á las puras trémulas estrellas
Alza la vista, en ellas
Ve un testimonio fiel de su delito.

Se separan, y deben separarse
Devorados de aquel remordimiento,
De aquel horror profundo, incomprensible,
Que sigue al crimen con perliado intento.

DESCUBRIMIENTO.

V.

Hugo codicia en su tranquilo lecho
A una muger de singular belleza,
Mas ella en tanto apoya su cabeza
De su confiado esposo sobre el pecho.

Y es su sueño febril... y su semblante
Se contrae y se enciende... luego acierta
A pronunciar un nombre en un instante
Que no osaría proferir despierta.

Y al soliento estrecha contra el seno
Que no late por él; y al dulce abrazo,
Desvelándose plácido y sereno
Se apellida feliz el príncipe Azo.

Los abrazos, suspiros y caricias
Por suyos reputó... ¡cuán halagüeño
Porvenir columbraba de delicias!
—¡Aun me adora, esclamaba, aun en el sueño!!

VI.

Y contra el amoroso corazón
Quiere estrecharla, y presta oído atento
A sus suspiros, al menor acento...
Ya escucha—¡qué fatal revelación

Oyó el príncipe de Azo, que aterrado
Como una estatua quedase de hielo
Pálido su semblante y demudado,
Sus ojos tristes, fijos en el suelo...

La palabra que birlóle como un dardo
¿Cuál es? —Es Hugo, es Hugo, suerte acerba!
Es el hijo de Blanca, á quien conserva

En su mansion. Es Hugo (sí... el bastardo...)

.....

VII.

Para lavar la abominable injuria
De una muger infame y criminal,
Hasta la punta desnudó el puñal,
Mas volvióle á envainar con viva furia.

Morir merece, pero... ¡es tan hermosa!
¡Ay! no se atreve á asesinarla, nó,
Mientras sonríe, en tanto que reposa...
¿Qué mas? ¿qué mas? — ni aun la despertó.

Mas clavó en ella tan feroz mirada,
Que á despertarse, en su profundo horror
Con la sangre en las venas, fría, helada
Caido hubiera en eternal sopor...

.....

Y á la luz de una lámpara que ardía
Con claridad dudosa, intermitente,
El sudor se observaba, que caía
Inundando del príncipe la frente.

Y ella cesó de hablar — siguió dormida;
Y en tanto en su interior el príncipe Azo
Inflexible, resuelto, fija el plazo
Que ha de acabar tan vergonzosa vida.

SENTENCIA.

XII.

El príncipe empezó — Tuve hasta ayer
Un hijo y una esposa, — hoy empero
Este sueño pasó tan lisongero,
Que la mitad formaba de mi ser.

Ya al caer de la tarde, desvalido
Quedaré en este mundo, ¡oh! no me importa
No soy yo, ¡vive Dios! no, no quien corta
Los vínculos que á ellos me han unido.

¡Está bien Hugo! decidí tu suerte:
Te aguarda el confesor: con diligencia
Del justo cielo implora la clemencia
Y á recibir prepárate la muerte.

Tal vez la gracia alcanzarás de Dios
Que yo te niego... pues en adelante
No hay en el mundo un sitio, do un instante
Juntos podamos respirar los dos.

¡A Dios! — yo no veré la muerte tuya;
Mas tú verás rodar su vil cabeza,
Y si ¡torpe muger! por tu entereza...
(No puedo mas, es bien que aquí concluya)

¿No mueres de dolor, (ya mas no puedo)
Al presenciar tan horrible espectáculo?
No hallo en que vivas el menor obstáculo,
Goza de vida — yo te la concedo.—

AGONIA.

XV.

Del convento suenan ya
Las campanas... lento va
Su triste lúgubre son,
Oscilando aquí y allá
Lento, lento al corazón.

¡Ay! ¡se oye el húmero propeado
Que tanto al alma interesa,
Por los que han dejado el mundo...
O bien por el moribundo
Que en breve estará en la huesa!!
.....

F.M.

LITERATURA DRAMÁTICA.

Un apreciable periódico de esta corte publicó hace algun tiempo con las acreditadas iniciales de J. E. H. una curiosa relacion de los escritores vivientes que han surtido al teatro español de composiciones originales: y de ella resulta que contamos nada menos que con el número de 108 de estos ingenios, una gran parte de ellos en actividad, y algunos de fecundidad conocida. Por desgracia hay que rebajar de la suma un nombre apreciable, el de D. Santos Lopez Pelegrín, arrebatado á las letras despues de haberlas ilustrado con la gracia que le distinguía en sus artículos satíricos que firmaba con el nombre de Abeuamar.

El autor de aquella relacion protesta que no está completa por haberse probablemente escapado de su memoria algunos nombres de autores que escriben en las provincias, y con este motivo nuestro colaborador de Barcelona, movido de su amor á la exactitud, ó acaso de un provincialismo que contenido dentro de ciertos límites dista mucho de ser vituperable, nos remite un suplemento á la espresada lista en la parte que se refiere á aquella capital, donde aunque la juventud suele dedicarse principalmente á tareas de menos honra y mas provecho, tambien cultiva algo la literatura por via de entretenimiento.

Copiáramos primero la relacion que dió el citado periódico y en seguida las adiciones de nuestro celoso colaborador.

Autores de dramas originales.

D. Manuel José Quintana.
D. Francisco Martínez de la Rosa.
D. Francisco Javier de Burgos.
D. Eugenio de Tapia.
D. Judas José Romo.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Manuel Breton de los Herreros.
Duque de Rivas.
D. Francisco Flores y Arenas.
D. Ventura de la Vega.
D. Joaquín Francisco Pacheco.
D. Manuel María Alzaiyar.
D. Eugenio de Ochoa.
D. José Muñoz Maldonado.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Manuel Hernando Pizarro.
D. Jacinto de Salas y Quiroga.

D. Fernando Corradi.
D. Antonio García Gutiérrez.
D. Juan Lombia.
D. Patricio de la Escosura.
D. José García Villalta.
D. Luis Gonzalez Brabo.
D. Eugenio Moreno.
D. Tomás Rodríguez Rubí.
D. José Zorrilla.
D. Miguel Agustín Príncipe.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Ramon Navarrete.
D. Carlos García Doncel.
D. Luis Valladares y Garriga.
D. José María Díaz.
D. Juan Francisco Díaz.
D. Eusebio Asquerino.
D. Ednardo Asquerino.
D. Agustín Alfaro.
D. Ramon Campesador.
D. José Fernandez Travanco.
D. Gregorio Romero Lurrañaga.
D. Francisco Gonzalez Elipe.
D. Manuel Juan Diana.
D. Antonio Gironella.
D. Luis Olona.
D. Juan Martinez Villergas.
D. Mariano Fernandez.
D. Juan Eugenio Hartzembuch.
D. Aureliano Fernandez Guerra.
D. José Amador de los Rios.
D. N. Chic.
D. Gerónimo Borao.
D. Antonio Neira de Mosquera.
La señorita doña Carolina Coronado.
D. Juan Lasala.
La señorita doña Maria Cambrenero.
D. Gerónimo Moran.
D. José María Bonilla.
D. Sebastian Herrero.
D. Antonio Ribot y Fontseré.
D. José María Fernandez.
D. Miguel Gonzalez Añioles.
D. Victor Balaguer.
D. Manuel Cañete.
D. Francisco Montemar.
D. Alfonso Carrara.
D. Basilio Sebastian Castellanos.
D. Francisco Colardi.
D. Carlos Martinez Navarro.
D. Luis de Louza y Corradi.
D. Teodoro Guerrero.
D. Antonio T. y la Quintana.
D. Ramon Valladares y Saavedra.
D. Pedro Sabater.
D. Hipólito Enderil.
D. Ignacio Garcia de Ontiveros.
D. Braulio Foz.
D. Javier Valdelomar y Pinedo.
D. Nicolás Magan.
D. José de Góngora.
D. Leon Cachoñero y Sol.

La señorita doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.

D. Francisco Navarro Villoslada.

D. Wenceslao Aiguales de Lzo.

D. Leopoldo Augusto de Cueto.

D. Ramon Franquelo.

D. Manuel Maria de Santa-Ana.

D. José Maria Huici.

D. Francisco Corona.

D. Juan Alba.

D. Antonio Romero Saavedra.

D. Ventura Ruiz Aguilera.

D. Francisco Luis de Retes.

D. Antonio Alverá.

D. Francisco Lumbierres.

D. Juan Cerro Pozo.

D. Juan de la Rosa Gonzalez.

D. Pedro Calvo Asensio.

D. Ricardo Lopez Arcilla.

D. Felipe Velazquez.

D. Eduardo Lopez Pelegrin.

D. José Maria Mestres.

D. Antonio Malis.

D. Braulio A. Ramirez.

D. Manuel Noguera.

Entre los nombres que pueden habérsele olvidado al curioso diligente que formó la preinserta lista, uno muy ilustre se nos ofrece de repente á la memoria, y es el de D. José Castro Orozco, autor del drama *Fray Luis de Leon*, en que brillan bellezas de que creemos que no hizo el público el debido aprecio, si bien lo recibió no sin aplausos.

Las adiciones que nos remite nuestro colaborador son las siguientes:

Señorita doña Angela Grassi, autora de *Lealtad á un Juramento*, *Amor y Orgullo* y *el Príncipe de Bretaña*.

Señora doña Josefa Robirosa de Torrens, autora de *Lorenzo*.

D. Francisco Renart y Aras, autor de varias *pieccecitas* bilingües.

D. Antonio de Bofarull, autor de *Pedro el Católico*, *rey de Aragon*, *Urg el Almogabar*, *Medio rey Medio vasallo*, *Roger de Flor* ó *el Manto del Templario*, y los *Nobles de Soplado*, pieza escrita sin la *i*, que no se ha publicado todavía.

D. Juan Illas y Vidal, autor de la *Marquesa de Alta-Villa* y de *Un Bara*.

D. Joaquín Rubio y Ors, autor de una loa y algunos dramas inéditos.

D. Joaquín Bastus, autor de *Antonino*.

D. José Cortinas, autor de *Matilde*.

D. Fernando Patxot, autor de *El Tejedor*.

Don Pedro Vivez, autor de *El Emigrado Francés*.

D. Ramon Mas, autor de varios sainetes en catalan.

D. Pedro Gras (de Reus), autor de *Lo mismo es ella que todas*.

D. Francisco Astorch y Niqués (de Olot), autor de *El Hombre Cachaza*.

A estos deben añadirse algunos autores de obras inéditas, que omitiremos mientras no hayan visto la luz pública, entre los cuales deben contarse D. José Llausás y D. Juan de Cortado, por la singularidad de haber escrito algunos libretos para música en italiano.

Creemos que no será desagradable á nuestros lectores la especie de estadística que precede, y que puede dar alguna idea de la afición con que se cultiva en España el arte dramático. Acaso los mismos sentimientos que han movido á nuestro colaborador á proporcionarnos esta noticia inducirá á otros á completarla.

De todas maneras á pesar del gran número de ingenios que en el día se hallan en actividad, nunca creeremos llegado el caso que indica el señor J. E. H. de tener que abstenernos de toda traducción; pues la misma abundancia en todo lo de este mundo, escrita mas y mas el deseo y el placer de la variedad, y no es justo que nos privemos de los frutos sabrosos solo porque no se cogen en nuestra huerta.

VIAJES.

Al discutirse en el congreso el artículo del cuerpo diplomático que forma parte del presupuesto de Estado, encareciendo el señor ministro de Estado la importancia de tener agentes en las regiones orientales, habló con entusiasmo de un joven extraordinario, que habiendo prestado los mas relevantes servicios á la nacion en sus peregrinaciones por tierras estrañas y poco frecuentadas por nuestros viajeros, se halla en el día desempeñando un encargo del mayor interés en el Celeste Imperio. Tal es D. SINIBALDO DE MAS Y SANS, que no es de estrañar sea menos conocido de lo que merece entre sus compatriotas, pues desde que le apuntaba el bozo en 1834 (á escepcion de una corta temporada en que hace dos años vino á referirnos sus estrañas aventuras) ha estado en continua ausencia, no sin pesar de sus amigos, ni sin mengua de sus intereses, aunque con gran provecho de su propia instruccion que algun día ha de refluir en gloria de su patria. El antiguo afecto que con él nos me nos ha proporcionado su amena correspondencia, que en adelante será mas activa con ocasion de la tarea que acabamos de emprender, y á la cual ha ofrecido su precioso apoyo. Empezamos por dar una idea de sus felices disposiciones y estudios para que luego sea mas clara la que han de formar nuestros lectores de los trabajos que nos vaya comunicando.

Sobre el año de 1830 se nos envió desde Bai-

celona una tragedia en prosa titulada *Aristodemo*, precedida de un prólogo en el cual al lado de ideas que manifestaban corta experiencia en el juego escénico asomaban otras notables por su novedad y atrevimiento. Desde luego descubrimos allí un genio emprendedor que pensaba por sí solo y ejecutaba con brio sin reparar en obstáculos.

Pronto recibimos una confirmación de nuestro juicio en una obra titulada *Sistema musical de la lengua castellana*, que venia á ser una indagación filosófica y análisis minucioso de los primeros fundamentos de la prosodia, trabajo concienzudo que solo con el auxilio de un gran talento acompañado de una constancia extraordinaria parecia compatible con aquella temprana edad. Tenemos presente que empezamos á escribir algunas observaciones á manera de impugnación de algunos principios que no nos parecieron sentados con bastante solidez: ocupaciones urgentes no nos permitieron concluir nuestro trabajo; pero á poco, en 1855 tuvimos el gusto de conocer personalmente al autor en Madrid, y de trabar estrecha amistad que nos dió lugar á discutir de palabra los puntos que nos proponíamos tratar por escrito.

Pero otras ideas exaltaban entonces la juvenil imaginación de nuestro amigo. Por una de aquellas casualidades que deciden á veces de nuestra suerte habian caido en sus manos los viajes de Ali-Bey el Abasi, que como todos saben no fue otro que nuestro paisano D. Domingo Badia y Leblich, hombre animoso y resuelto, cuyas vicisitudes se tendrian por fabulosas á no estar apoyadas en tan auténticos documentos. Enardecido Mas con la lectura de aquella relacion, se decidió firmemente á viajar por el Oriente, ensanchando la esfera de sus conocimientos y siendo útil á su patria. Comunicó este pensamiento á su antiguo maestro y constante amigo el señor D. Felix Torres Amat, espejo de virtudes cristianas, gran promovedor de los estudios de la juventud, y presentado á la sazón para el obispado de Astorga, quien lejos de disuadirle de su propósito, le animó á llevarlo á ejecucion, interponiendo toda su influencia y altas relaciones para que el gobierno le diese los auxilios que necesitaba en concepto de ayuda de costa. Era entonces ministro de estado el Sr. Cea Bermudez, quien acogió benigneamente la idea; pero habiéndole sucedido el Sr. Martinez de la Rosa, este fue el que tuvo la buena suerte de nombrarle en clase de joven de

lenguas, encargado de viajar por el Oriente, con comision especial de recoger noticias y documentos literarios y estadísticos, de política, comercio y todo género que pudieran ser importantes á los intereses, á los conocimientos ó á las glorias nacionales. Le fijó una asignacion bastante limitada para la grandeza del objeto y los dispendios que exigia: no la espresamos en guarismos, recelosos de que las naciones extranjeras achacuen de mezquindad lo que por respeto á nuestro decoro preferimos atribuir á la estrechez de las circunstancias. No se arredró por esto el intrepido Mas, y contando mas con los auxilios propios y de su familia, con su travesura y genio vividor, se preparó para el viaje, con la esperanza de que en su carácter oficial hallaria para sus miras mayores ventajas que en los escasos subsidios que en tan lejanas regiones debian llegar á sus manos con previsto atraso.

Recibió las instrucciones de su gefe y del señor Burgos, ministro, á la sazón de lo Interior, tomó consejos de las personas mas ilustradas que dieron la mejor acogida á sus buenas prendas, y se informó de cuantos pormenores podian por de pronto interesarle de boca del P. Francisco Vilardell, del orden de Menores, que por largos años habia regido su convento de Damasco, y se hallaba entonces en esta corte, siendo ahora arzobispo (creemos que de Babilonia) y vicario apostólico de Siria.

Aprovechó este tiempo en el estudio de la lengua árabe, en que hizo rápidos progresos como en todas las que ha aprendido, porque en esto poseo maravillosa facilidad, de que habia dado ya pruebas en el griego, el latin, el francés, el italiano y el inglés, dándolas despues mayores en el turco, el persa, el indutani y otros idiomas, incluso el chino. Sus conocimientos en física, en literatura, en música y en pintura le proporcionaban grandes recursos, no solamente para observar, sino para vivir; pues no pocas veces ha tenido que mantenerse en medio de las tribus bárbaras dando remedios, y en las ciudades mas cultas sacando retratos. La inclemencia de los climas, las fatigas, trabajos, hambres y variacion de alimentos que tenia que sufrir, inspiraron á sus amigos serios recelos de que su constitucion no demasiado robusta podria no resistir á tantas causas de destruccion; pero la serenidad de su ánimo, su arreglada conducta y las precauciones tomadas hasta el punto posible, han triunfado felizmente de todo, y le

vimos volver ya curtido y dispuesto á nuevas luchas.

Salió, pues, á mediados de 1854, embarcándose en Marsella para Constantinopla, donde contrajo estrecha familiaridad con nuestro distinguido diplomático D. Antonio Córdova, ministro de S. M. cerca de la Sublime Puerta, relación que le fué utilísima y necesaria en todas expediciones por aquellos países.

En 1856 emprendió un viaje ya mas formal. Desde Beirut pasó á Lataquí, Alepo, Hania, hasta Palmira, sobre cuyas soberbias ruinas su musa le inspiró patrióticos recuerdos. Recorrió las tribus de los árabes diseminadas en el desierto de Bagdad, se detuvo en Damasco, siguió por Baalbek, Beyrat, Tiro, Sidon, Acre, Nazaret, Naplus, Silam, Jerusalem, Belen, San Juan, Roma, Gaza y Laaris, viniendo á parar en el Cairo con grandes incomodidades pasando las noches al raso ó bajo su pequeña tienda. Pocos han hecho como él tan entera y provechosa la escursión por Siria y Palestina.

Pasó en Egipto larga temporada acompañando muchas veces al anciano virey en sus visitas por el interior bajo la protección de Caetanibey, médico valenciano que disfrutaba la mas poderosa privanza con S. A.

En junio de 1858 se embarcó en Suez á la vuelta de la India: á pocos dias estuvo en riesgo inminente de ahogarse á la vista del monte Sinai, y mas por mal prefirió coger tierra. Tomó dromedarios y en ellos atravesó hasta Yambo, cruzando parte del desierto de la Arabia petrea en la longitud de 70 leguas, esto en medio de la canícula, cuya malfélica influencia le puso por dos veces en el borde del sepulcro, debiendo en la segunda su salvación á la fidelidad de un negrito que compró cerca de la Nubia. Recayó en Gedda, y luego en Moka volvió á enfermar de distinta dolencia. Llegó por fin á la costa de Malabar, y aunque el cólera estaba haciendo estragos en Calicut, la curiosidad fue mas poderosa que el miedo; tal es la costumbre que se adquiere en aquellos países de no tener en cuenta la vida. Su negrito fue atacado de la enfermedad una noche en que desembarcó Mas en Alefi, provincia de Trabancore, pero mandando volverlo inmediatamente á bordo, pudo pagar una deuda de gratitud.

En noviembre del mismo año se hallaba en Calcuta entregado siempre á sus proyectos y poniendo en orden sus observaciones. «Creería yo, (escribía al Sr. Amat) que puedo ahora ha-

blar con mas facilidad el árabe ó el persiano que mi lengua materna, el catalán? ¡Y aun para mis planes tendré que aprender un poco del ordi y del parsita!... Quisiera saber si una gramática española manuscrita para aprender el persiano pudiera ser agradable á alguna de esas academias; pues en este caso no me costaría mas que un poco de trabajo material.» Creemos que esta proposición no tuvo efecto; pero entre tanto se ocupaba en escribir y publicar *El intérprete del viajero en Oriente*, compuesto de diálogos familiares en doce lenguas y adelantaba su obra *Cuadro político del Oriente*. Mas para darle la última mano y hacerlo completo, le era preciso emprender un nuevo viaje dirigiéndose por el Afganistan, cruzando la Persia y la Georgia, visitando la Moldavia, la Servia y demas estados dependientes de la Turqua bajo la protección de la Rusia. Para esto propuso al gobierno un medio que ningún sacrificio debía costarle; pero al parecer no tuvo efecto la idea. En la correspondencia de aquella época que tenemos á la vista hay un gran vacío, que no puede llenarse cumplidamente con su ida á Benarés, que es la verdadera capital del Indostan.

Después se trasladó á Manila, donde abandonado, desconocido, enfermo en un hospital y sin mas recursos que su pincel, tuvo grandes dificultades para hacerse reconocer como dependiente del gobierno español por la ninguna noticia que tenían las autoridades. De todos los puntos dirigía al gobierno memorias importantes sobre las costumbres, los conocimientos, las producciones, el comercio y demas circunstancias de los pueblos que tenía á la vista, comunicaciones que probablemente estarán intactas y encarpetadas sin leer, tal vez, cuando podrian derramar luz abundantísima sobre el estado de unas regiones que nunca podrán ser indiferentes para el dueño de posesiones magníficas y bien combinadas escalas en el archipiélago filipino. La obra que en dos tomos imprimió á su regreso á España bajo el título de *Estado de las Islas Filipinas* es una pequeña parte de los inmensos trabajos de este genio infatigable. Esta obra es de lo mas completo que se conoce sobre la materia: se resiente de descuido en la redacción, y sospechamos que sea copia de las mismas notas recogidas de repente y con precipitación á la misma vista de los objetos. Sin embargo, hay capítulos enteros en que resplandece un espíritu de

observacion profunda, y entre ellos podemos señalar los relativos á las castas que pueblan aquellas islas en su interior y en sus costas, y á las lenguas que allí se hablan. Pero tampoco tuvo el autor tiempo suficiente para coordinar tan abundantes materiales, y limar su trabajo como con mas espacio hubiera hecho, y con su talento podia hacer. La pasion de viajar continuaba dominándole; y así, tan pronto como hubo dado cuenta al gobierno de los particulares, sobre los que se dignó oírle, solicitó nuevas comisiones para lejanos paises, y se partió nuevamente á Manila antes del alzamiento de 1845, con el encargo de representar á la nacion española en el imperio chino. Antes de embarcarse para su nuevo destino remitió una obra notable por la osadía del pensamiento, cualidad que caracteriza todos sus escritos. Su título es la *Ideografía*: su objeto el demostrar prácticamente la posibilidad y aun la facilidad de introducir un sistema de escritura general, por cuyo medio todas las naciones puedan entenderse, sin que la una sepa la lengua de la otra. Con esta sola explicacion se percibe la trascendencia del pensamiento que pudiera ser tachado de devaneo, si el mismo autor no presentase la prueba hecha en el inglés, el árabe, el persiano, el industani, el latín, el italiano, el catalan, el castellano, el griego vulgar, el turco, el malayo de Singapor, el chino mandarin, el alemán, el tagalo de Manila y el vasconce. De esta obra, que el año pasado fue impresa en Macao nos reservamos hablar con detencion en otro número; pues en el presente nos va faltando ya espacio.

A su llegada á Macao, á principios de 1844, gtraugeó amistad de un obispo llamado Radia, natural de Cataluña, que dirige las misiones por aquella parte. Abriáanse á la sazón los nuevos puertos habilitados en China para el comercio exterior, y Mas se propuso inmediatamente recorrerlos. Empezó por el de Hong-cong, acompañado de un bachiller de la universidad de Nankia con quien poco á poco se fue entendiendo. En seguida pasó á Shangai, de cuya ciudad y costumbres de sus habitantes nos escribe una curiosa relacion, y donde en una estancia de cerca de cuatro meses se fortaleció en sus convicciones ideográficas. Posteriormente se situó en la populosa ciudad de Ningpo, de donde tenemos las últimas noticias de fecha del mes de enero de este año. Su correspondencia es interesantísima, y para hoy escogemos la siguiente

carta en que nos explica diferentes particularidades de la lengua chinesca á que se dedica con ahinco, enseñándosela á su criado, que aunque es del pais, ignora la lengua mandarina que solo hablan las clases altas de la sociedad y el pueblo de alguna provincia.

CARTA QUE SE CITA.

»No puede vd. figurarse la triste vida que he pasado en esta gran ciudad, en donde los pocos europeos que estan en ella vivimos muy separados unos de otros, y en especial yo del resto; pues los demas son comerciantes ingleses que moran cerca del rio, y yo al contrario en el corazon del pueblo. Me he visto con mil dificultades para alojarme; luego los criados me han hecho tantas perrerías que hasta he tenido que llamar una vez la policia. En efecto es difícil lograr aquí que vengan criados del pais á nuestras casas como no sean canalla, pues los que tienen vergüenza, es decir, los que temen perder el aprecio de sus compatriotas prefieren ganar un peso sirviendo á un chino, que veinte prostituyéndose á un bárbaro.

»Otra de las cosas que me tienen desesperado es la lengua. Se compone toda de monosílabos, y estos (contando muchos que jamás se usan) montan entre todos á unos seiscientos. De aquí puede vd. figurarse cuántas cosas habrá que tienen el mismo nombre. Es verdad que se hallan en este idioma cuatro distintos acentos ó tonos, y por consiguiente la sílaba *ma*, por ejemplo, puede pronunciarse de cuatro diferentes maneras, y hacer en realidad cuatro diferentes vocablos. Pero esta diferencia de tonos es tan delicada ó pequeña, que es casi imperceptible para un europeo. Y como acerca de estos cuatro acentos ó tonos se han escrito muchas tonterías, diré á vd. que á mi parecer su diferencia puede espresarse exactamente con nuestros signos musicales del modo que espreso en papel separado.

»Hay 555 sílabas que tiene el primer acento, 501 el segundo, 519 el tercero, y 221 el cuarto, de modo que á pesar de este refinamiento de tonos nohay mas que 1781 palabras distintas, y por consiguiente cada una tiene muchas acepciones. El sonido de *i* puede significar nada menos que 1165 cosas diversas; otras voces 50, 100 y 150; por un término medio cada sílaba de *distinto tono* tiene 16 acepciones. Añada vd. á eso que no se conoce en este idioma lo que son números, géneros ni

declinaciones; ni tampoco conjugaciones; ni mas distincion de tiempos que la del pretérito; y una misma voz es nombre, adjetivo, adverbio y verbo, por ejemplo *cuidar* quiere decir igualmente *cuidado*, *cuidadoso*, *cuidadosamente*. Esto le parecerá á vd. exageracion y no es sino la pura realidad. Y lo que mas le admirará es que aun lo he hablado de una dificultad que deja atrás todas las demas. Ya habrá vd. deducido del pequeño análisis que le he hecho, que esta es la lengua por excelencia que requiere la viva voz y la práctica, porque todo es preciso sacarlo por brújula; y los acentos exigen mucha, muchísima antes de poder distinguirlos. Pues señor, no hay dos provincias ni tampoco dos pueblos en donde se pronuncie igualmente. De aquí se han formado ininidad de diversos dialectos que se clasifican en tres principales; llamados chino mandarín, fukín y cantón. mandarín es el que se habla en Pekín y pudiera compararse al castellano en España.

Pero así como el castellano de Madrid es muy diferente (por lo menos para un extranjero principiante) del andaluz cerrado de Jerez, así dicho chino mandarín va cambiando de pueblo en pueblo y algunas veces mas que la lengua castellana de la catalana, italiana y portuguesa. Ahora bien: como nosotros no podemos ir á ningún punto en donde se hable vulgarmente la lengua mandarina es preciso que la estudiemos con un maestro; y si este por ejemplo es de *Chantung*, cuando logre explicarme, me entenderé con los de esta provincia ó con los de la ciudad de donde es mi maestro, pero con los demas (que si quieres! Esto no quita que cuando el mandarín se sabe muy bien se entiende á los demas aunque le hablen de distinto modo, á la manera que un castellano entiende á un andaluz y á un portugués sin dificultad. De esto hay un ejemplo en la lengua árabe. En Tunes, en Argel, en el Cairo, en la Siria y en cada distrito de estos países, y en cada tribu del desierto se halla una diferencia; pero el que llega á conocer bien uno de estos dialectos puede en todas partes salir de apuros. Lo mismo sucede con el chino mandarín (porque el Canton y Fukier son enteramente distintos); pero la dificultad vuelvo á decir consiste en adquirir ese uso, pues es menester meterse por lo menos cien leguas en el interior para hallar una ciudad en donde se hable. Yo para neutralizar estos obstáculos me hice venir criados á propósito de la ciudad de Nan-

kin, pero eran gran canalla y tuve que echarlos de casa y darme por muy contento con verlos fuera, despues de haberme costado la fiesta mucho dinero. A pesar de tantos óbices y contratiempos, me doy á entender en el mandarín de Naikin que en opinion de muchos (porque hasta en esto hay variedad) es el mas puro, como si dijéramos el castellano de Valladolid ó el francés de Lyon.

»Yo he estado muy próximo á marcharme ocultamente á Nankín y permanecer en él dos ó tres meses, en cuyo tiempo me hubiera perfeccionado mas que suficientemente; pero aunque la contingencia de ser descubierto era lejana, al fin era posible, y temí comprometer al gobierno si me metían en una cárcel, me administraban una paliza, ó me cortaban una oreja.»

Por lo demas la vida que se pasa en esta ciudad (Ning-po) nada tiene de agradable por la misma razon que en otros nuevamente accesibles á los europeos; por la multitud de gentes, y especialmente chiquillos que para vernos se agolpan por las calles así que ponemos en ellas los pies, siguiéndonos por todas partes, interceptando la entrada de las tiendas adonde vamos á comprar y llamándonos á gritos hasta obligarnos á volver el rostro, sin que haya forma de hacerles callar: en fin la aparicion en público de un europeo arma una especie de motin. Esto para una ó dos veces es tolerable: por lo menos lo que es á mí me divierte grandemente; pero ya despues quita enteramente el gusto de salir. A pesar de todo prefiero esto á quedarme en Hongcong ó en Macas, donde se vive como en Europa, y no se puede estudiar el carácter original del país sin mezcla estrangera.

Paso las noches con mi maestro que gana veinte duros de sueldo mensual, y vienen á acompañarme con frecuencia un cirujano americano y un jóven de lenguas del consulado inglés. Por supuesto que en nuestra tertulia no se habla mas que chino mandarín: tenemos nuestro brasero; pues en esta estacion (fines de noviembre) no deja de hacer un frio bastante regular. Tomamos el té sin azucar,* no porque aquí falte este último artículo, sino porque yo me he acostumbrado ya á ello. No así á unos gusanos que por aquí llaman vieho de mar, y á unas culebritas de mala fecha que parecen delicadas al paladar de nuestros prógimos. Lo que es á comer con los palillos en lugar de cuchillo y te-

nedor, peor era en Egipto, cuando de puro cumplimiento tenía que coger el arroz con los dedos para llevármelo á la boca.

En Shanyai conocí á un obispo católico que se titula de Nankin, varon de prendas relevantes conocido tambien con el nombre de conde Besi. Tanto á él como á otro misionero saboyardo su coadyutor, debo mil favores por pasos que dieron para alojarme que es aqui lo mas difícil; pues los dueños de las habitaciones no quieren alquilarlas á estrangeros sino á precios disparatadisimos.

El referido conde de Beri tiene bajo su administracion espiritual unos 60,000 cristianos, que formarán la quinta parte de los que existen en China, pero en Cochichina y Tainkin hay unos 400,000, con 7 á 8 obispos, y de 70 á 80 misioneros europeos, divididos en cuatro procuraciones, de las cuales son dos francesas, una española y otra italiana. Remitiré noticias mas detalladas sobre esta cristiandad, que prosperará como en todas partes; pues lleva por do quiera la antorcha de la civilizacion.»

Nos complacemos en poder ser el órgano de comunicacion escogido por tan distinguido español, que ha llevado á tan distantes naciones el nombre de su patria.

TEATROS.

CRUZ. EL JURAMENTO.—CIRCO. CORRADO D'ALTA-MURA.—Beneficio del Sr. Ronconi.

Hay un compositor en Italia que no es tan popular como Donizzetti; pero á quien rinde culto la mayoría de los profesores contrapuntistas etc. etc., con preferencia á cualquier otro maestro: y este compositor es Mercadante. En todas sus óperas y en cada una de ellas se encuentra un tratado completo de composicion; por esto los inteligentes le acatan y le veneran porque en cada compás se les ofrece una ocasion de admirar sus profundos conocimientos en el arte: en todas sus óperas se observa como fulto de cantabile; por eso la mayoría de los espectadores le pospone á Donizzetti, en que todo son cavalletas que se pegan al oído desde la primera noche.

Donizzetti y Mercadante son lo contrario el uno del otro. El primero escribe con una celeridad increíble, es el *Luca fu presto* de la música: se abandona á su genio impetuoso y arrebatado; así es como empieza cantos que deja algunas veces sin redondear; pero á pesar de todo su música es filosófica y lleva casi siempre el sello de la

originalidad. Mercadante escribe con toda la calma y detenimiento: vacía por decirlo así la pieza en un molde; despues la lima, la tornea y vuelve á limarla, calculando con sangre fria el efecto de la orquesta, porque la orquesta es la que sostiene principalmente las óperas de Mercadante. Cuando por gran dicha concibe un canto de alguna originalidad no le suelta tan pronto de las manos como Donizzetti, sino que lo vuelve por activa, por pasiva, por condicional y por futuro en rus: para concluir de una vez nuestro parangon, en Donizzetti hay mas genio, hay mas inspiracion: en el autor del *Juramento* hay mas meditacion, hay mas arte.

Puesto que hemos mentado *El Juramento*, vamos á hacernos cargo de esta partitura. Lo mas notable que en ella encontramos son el andante del cuarteto del primer acto *Vicino a chi s'adora*, cuyo pensamiento está perfectamente desarrollado, el coro de mugeres que precede á la cavatina del contralto, mas por la riqueza y variedad de la instrumentacion que por el canto, el andante del aria del tenor del segundo acto y todo el acto tercero desde la primera hasta la última nota. El acto tercero es en nuestro concepto superior á los dos primeros, porque en él encontramos hábilmente traída á la música la dulce y melancólica *pregliera* que *Elausa* dirige á su madre que está en el cielo, porque en la escena siguiente la orquesta bulle y se agita como bullen y se agitan las pasiones en el corazon de Viscardo y de Eloisa; en una palabra porque en el tercer acto encontramos una armonia y unidad que no alcanzamos á descubrir en los otros dos. La señora Clara Bertolini Rafaelli (de la cual nos vamos á ocupar ahora) se estrenó con esta ópera ejecutando la parte de Elausa. La señora Rafaelli posee una voz de timbre dulce y simpático: en los puntos agudos es cristalina, sin que la empuñe la mas ligera cosa, en los medios y en los bajos tiene una sonoridad y una redondez perfectas: su ejecucion es muy fácil porque su voz es de aquellas que se prestan á todo.

Aquella série de glosas del duo con Blanca en el primer acto y en el del segundo donde dice:

A quel nome in ogni vena
Torna il sangue à rebollar,

las ejecutó con suma claridad; hubieramos querido sin embargo oír el trino con que este canto termina, porque el trino es toda la gracia de la conclusion. La música de la señora Rafaelli es regular, ni desagrada ni interesa, y este término medio no basta á satisfacer los deseos y exigencias de los públicos de nuestros días. Hubo un tiempo en que el cantante necesitaba tan solo para distinguirse tener una muy buena voz y en el canto el gusto que la época reclamaba: ahora, empero, ademas de todo esto se exige

del cantante que sea un actor consumado. La señora Bernardi estuvo bien.

Guasco cantó con mucha espresion aquel largo

« *Bella, adorata incognita.* »

En los *adagios* no hay quien le aventaje por el colorido que sabe darles y por su arte en *filar* ó sea *adelgazar* la voz. El primer tiempo del duo del tercer acto con Elaisa

« *Ludoruba qual s'adora* »

lo dijo con toda la pasion y amargura que se requiere.

Meini se esforzó (como siempre) en el desempeño del papel de Manfredo, dándonos otra prueba de su buen gusto en el canto. ¡Es por cierto sensible que la naturaleza no le haya dotado de mejor voz!

En los coros hubo bastante union y aplomo, y la orquesta se distinguió en algunos pasajes, tales como en la *stretta* del final del acto primero, y en el difícil acompañamiento de la cavaletta del duo del tercero.

Despues de haber repetido por tres noches consecutivas la ópera de la cual aunque muy brevemente acabamos de dar nuestro juicio, se ha cerrado el teatro de la Cruz hasta el 4.º de setiembre, para cuya época estan ya contratadas la Tossi, la Rafaelli, Guasco, Moriani y el baritono Ferri.

La señora Giovanna Ronconi, en el Circo hizo su *debut*, en el *Corrado d'Altamura* de Ricci. Nos pesa decirlo; pero esta señora no alcanzó con mucho á llenar los deseos de los espectadores. Su voz es débil por naturaleza, y como una consecuencia de esta debilidad apenas puede sostener los puntos un poco agudos: así no hace mas que tocarlos y abandonarlos, pasando despues á los mas graves. Con una voz tan débil y tan escasa no cabe un buen estilo de canto. Su acción peca tambien por muy fria. Al contrario el Sr. de Ronconi en el *Corrado* manifestó por segunda vez la excelencia de su escuela de canto y el grado hasta donde llega como actor.

Ultimamente se dió en el Circo el beneficio de este señor, el cual se compuso del tercer acto de *Maria di Rohan* y del *Elixir d'Amore*. Omitimos hablar de la *Maria*, por haberlo hecho ya en nuestro anterior artículo: sin embargo, no nos parece inoportuno advertir que nunca habria estado mas feliz Ronconi en su magnífica *aria* que en la noche á que nos referimos, á no haberle dudado un tanto la voz en la entrada del *adagio*.

« *Bella e di sol vestita
Mi sorridea la rita.* »

Pero el público, y nosotros como él, sentiamos viva impaciencia por ver al señor Ronconi ejecutando la parte de caricato en el *Elixir*, ó mejor por ver el modo con que el duque de Chevreux se convertia en el saltimbanquis y charlatan Dulcamara. Efectuóse por fin la deseada metamorfosis,

y tanto nos sorprendió que si se nos preguntara en qué papel descuella mas el mérito de Ronconi, tal vez nos inclinariamos al *Elixir*. No se hable de su afectada gravedad cuando desde la carretela dirige aquel cuadrúpedo mestizo de yegua y de rata, ni de la prolifigidad con que enroscasulátigo alrededor de la varilla ni de otras mil pequeñeces que son otros tantos rasgos característicos de un charlatan embaucador, sino de su canto que participa de la bien entendida ridiculéz y exageración que acompaña todos los instrumentos del insigne Dulcamara. En la *aria* de salida es donde mejor le encontramos. ¡Con qué importancia y misterio dirige su palabra *ai rustici*, encomiando los portentosos efectos de sus drogas, ora en voz baja y volviéndose á unos pocos para escitar la atención de los muchos, ora á voz en grito y echando los bofes! Y la voz de Ronconi no puede mejorar para este género de canto. El público le llamó varias veces á la escena tributándole los aplausos que en justicia merecia.

No hablamos de los demas cantantes, y de ello no deben ofenderse en manera alguna; porque en el *Elixir* es esclusivamente Ronconi quien fija y atrae la atención de los espectadores.

LA LUZ.

SONETO.

Luz necesito para hacer, Teodora,
Un soneto á la *luz* que me pediste;
Yo te pedí mas *luz*, *luz* no me diste,
Y sin *luz* no se vé, linda señora.
A la *luz* de un candel, *luz* bienhechora,
Me puse á darle *luz* y.... ¡cosa triste!
Se me apagó el candel, me quedé al *piste*
Quando apenas su *luz* daba la aurora.
Yo, al mirarme sin *luz* y tan *lucido*,
Luz de mis ojos, me arrojé de bruecos
Sobre el lecho quedándome adormido.
Ya despierto, veo *luz*, y haciendo *crucés*,
Miro al SONETO y quedo persuadido
No me faltaba *luz*, pero sí LUCES.

LUIS DE LOMA Y CORRADI.

Marzo 1844.

En el artículo de literatura dramática hemos olvidado notar que el colaborador barcelonés se lamenta de no haber podido incluir en sus adiciones al malogrado D. Jaime Tió, por haber muerto el año último en la flor de su edad, despues de haber sobresalido en sus

dramas históricos, que son: el *Castellano de Mora*, *Generosos á cual mas* y *Alfonso III el liberal, ó leyes de deber y amor*; todos en verso y recibidos los mas con entusiasmo.

La amistad nos ha proporcionado el gusto de leer la comedia del señor D. VENTURA DE LA VEGA titulada *El hombre de mundo*, de que han hablado ya otros periódicos con elogios que de ninguna manera son desmedidos. Se ha acusado á este ingenio de no aprovechar las grandes dotes con que le ha favorecido la naturaleza en composiciones originales, que hubieran cimentado la fama de que es digno. en lugar de dedicarse á la mas fácil y menos brillante tarea de acomodar á nuestras costumbres y gusto las piezas dramáticas extranjeras, en lo cual á la verdad posee un tino y pericia que nadie osará disputarle. Con su reciente obra podrá dar una satisfaccion cumplida, tanto á la benevolencia, que desearia ver ocupada su pluma en mayores empresas, como á la envidia que, desconociendo el valor relativo de otras mas humildes, ha llegado á dudar de unas disposiciones de que ha dado tambien pruebas, ó siquiera evidentes señales. Pero la que ahora va á dar suple á todas, y basta por si sola para fundar la reputacion literaria del mas ambicioso de esta clase de gloria. No queremos anticiparnos ni prevenir al publico sobre lo que un dia habra de juzgar; y solo sentimos que este dia no aparezca mas pronto; pues segun se dice la representacion se halla reservada para despues del verano. Si los aplausos que le esperan animan al señor Vega á proseguir en tan gloriosa carrera, nada mejor podrá desear la escena moderna española, que compite ya con las mas aventajadas de otras naciones.

El señor Offer, bajo cantante que ha sido del teatro de la Cruz en la última temporada, ha salido ya para Barcelona; en cuyo teatro principal está contratado. No dudamos que en Barcelona recibirá la acogida que obtuvo en esta corte y á que es acreedor por su mérito.

ANUNCIO.

El *Español* saldrá todos los dias menos el Domingo.

En lugar del número correspondiente á dicho dia publicaremos una *REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, BELLAS ARTES Y VARIADAS*, la que constará de un pliego en 4.º de 40 páginas de impresion.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

	EN MES.	TRES MESES.	SEIS MESES.	UN AÑO.
A El Español.	rs. vn. 12	34	65	125
A la Revista literaria. . . .	5	14	26	48
A ambos periódicos.	16	48	90	175

EN LAS PROVINCIAS.

A El Español.	21	60	116	220
A la Revista literaria.	6	15	28	54
A ambos periódicos.	25	75	140	270

EN EL ESTRANJERO Y ULTRAMAR.

A El Español.	ps. fs. 1 1/2	4 1/2	8 1/2	16
A la Revista literaria.	1/2	1	2	4
A ambos periódicos.	1 5/4	5 1/4	10	18

Los suscritores que entren enviándolo por término de un año á El *Español* y á la *REVISTA LITERARIA* semanal, tendrán derecho:

1.º A la tabla analítica de las materias contenidas en el periódico que distribuiremos por cuadernos cada seis meses.

2.º A las entregas en tomos primeramente encuadernados de las novelas que publique el periódico.

3.º A recibir gratuitamente *El viaje á Italia* por DON ANDRÉS BORELLO, obra que consta de dos tomos, en papel ó impresion de lujo, y cuyo precio en venta será de 50 rs. La obra se repartirá en agosto próximo.

4.º A ser inscritos como *suscritores-fundadores*, cuyo título les asegurará todas las ventajas de una vasta y provechosa asociacion económica, de que la empresa se reserva hacer exclusivamente partícipes á esta clase de suscritores.

Los suscritores por seis meses recibirán la tabla analítica de materias, y los tomos de novelas encuadernados.

Los suscritores por solo tres meses no recibirán la tabla analítica, pero si los tomos de novelas á la misma y tendrán derecho á aquella renovando la suscripcion.

Los suscritores de á un mes no tendrán derecho ni á la tabla de materias ni á los tomos de novela, y solo recibirán el periódico.

Los comunicados que la redaccion admita, no siendo de interés público pagarán 4 rs. por linea de insercion. Si versasen sobre asuntos que sean personales á los suscritores, solo pagarán estos:

- 1 real por linea los de á un año.
- 2 los de á seis meses.
- 5 los de á tres.

Los anuncios se regularán por los precios marcados en las tarifas que se hallan de manifiesto en nuestras oficinas, y en los puntos de suscripcion tanto en Madrid como en las provincias.

Las suscripciones empiezan el 1.º y el 15 de cada mes.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

En la libreria de LIBRERO Y COMPAÑIA, calle de la Montaña, en la Galeria de Cristales de San Felipe, núm. 15, y en la libreria de la Viuda de JOHAN E. RUOS.

EN LAS PROVINCIAS.

En todas las administraciones de correos del reino, y en las principales librerias.

Editor responsable,

El Licenciado DON TOMÁS ARAUS.

MADRID: 1845.

Imprenta de la SOCIEDAD DE OPERARIOS.

Tirado en las prensas mecánicas de D. Antonio Mateo.